

REFLEXIONES.

El que se gloria, gloriase en el Señor. Si se observára este discreto y saludable consejo, no reinaria en el mundo tanta necia vanidad: haciéndose cada cual justicia á sí mismo, reconociera su poco mérito, y solamente solicitaria su verdadera gloria en servir y en agradar á Dios; pues no hay que buscarla en otra parte ni sólida ni verdadera. La escesiva delicadeza en esto que se llama honor, es prueba de un espíritu muy apocado; y la demasiada sensibilidad de los hombres sobre sus imaginarios derechos; aquella secreta pero viva pena que nos causa oír ó ver aplaudidos á los demás; aquel interior disgusto con que se oyen sus elogios, que si no tiene toda la malignidad de la envidia se acerca mucho á ella, es un grande argumento de nuestra poca sustancia. Pero aunque el reino del orgullo esté tan arraigado en el espíritu y en el corazón de los hombres; aunque sus fuerzas sean tan poderosas, no es tan difícil como parece desbaratar á este fiero enemigo. Un poco de menos preocupación á favor de nuestro mérito, y un poco de mas reflexion sobre la naturaleza del mal, y sobre la causa que le irrita, bastarán acaso para curarle. La misma pasión parece que lleva consigo su contraveneno. ¿Es uno vano, fiero, altivo y soberbio? Pues preguntese á sí mismo algunas veces ¿en qué lo funda; por qué lo es? La mayor parte de los hombres, pero sobre todo las mujeres, no encontrarán otra razón del favor que se hacen á sí mismas, y del desprecio que hacen de los demás, sino unos motivos totalmente accidentales y esteriore, que antes bien debieran servir para humillarnos. El nacimiento noble, la distincion del empleo, un tren magnífico, las galas de buen gusto y de mucho precio, la abundancia de bienes de fortuna, un ingenio vivo, pronto, divertido, brillante, que sobresale en todas ocasiones, este suele ser de ordinario ó el origen ó el fomento de una pasión que nunca reina sin tiranía. Pues acabemos ya de convencernos así de la bajeza de su origen, como de la insustancialidad de todo aquello que la fomenta, y nos avergonzaremos de haber sido esclavos suyos por tan largo tiempo. Si pretendemos la verdadera gloria, la buscaremos en aquello que únicamente la granjea. Desengañémonos, que solo la produce y solo se encuentra en la virtud cristiana.

El Evangelio es del capítulo 25 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos esta pará-

bola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Mas las cinco necias habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo; salid á recibirle: entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á

las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el día ni la hora.

MEDITACION.

Sobre las principales virtudes de Sta. Teresa.

PUNTO PRIMERO. — Considera que las principales virtudes de Sta. Teresa, en las cuales parece se comprende su carácter, se pueden reducir á tres. Un amor sin medida á Jesucristo, en fuerza del cual deseaba con vehemencia todas las amarguras de la cruz; una generosidad sin término, en cuya virtud emprendía todo lo que se la representaba ser de su mayor gloria; y una confianza invariable, á cuya sombra se salió con todo cuanto emprendió. El amor á Jesucristo parece que se anticipó en Sta. Teresa á la razón. Desde su niñez solo suspiraba por agradar á este divino Esposo; y si por algun tiempo se entibieron estos celestiales ardores con el frío de la disipacion, se desquitó ventajosamente despues, mediante el sagrado fuego que abrasó continuamente su inflamado corazón. ¡Qué ardores, qué ímpetus, qué llamaradas de este divino amor no esperimentó la Santa ya en su oracion, ya en sus raptos, ya en las acciones mas ordinarias de la vida! ¡qué deseos ansiosos de padecer en testimonio de su amor á Jesucristo! *O padecer ó morir* era su divisa. ¡Qué continuas penitencias en su carne, qué rigores en su delicado cuerpo,

qué penas interiores en su espíritu, qué martirio! No tenía otro consuelo en los trabajos de este destierro, que padecer por Jesucristo. El simbolo de su encendido amor á este Señor, y de su sed insaciable de trabajos, fué aquella dulce herida que le abrió en el corazon un serafin con el inflamado dardo. ¡Oh, y cuánto nos acusa esta gran Santa! ¡qué altamente condena nuestra delicadeza y nuestra pusilanimidad una vida tan crucificada! Midamos nuestro amor á Dios por el deseo de padecer y por la paciencia en el sufrir. ¿Pero hasta donde llegó la generosidad de aquella grande alma? Correspondió perfectamente á su abrasado amor. A los siete años de su edad se puso en camino para buscar el martirio entre los bárbaros. Pone el mundo en movimiento todos sus artificios para ganar su corazon por medio de inocentes amistades; pero luego que descubrió la red, rompió generosamente todos los lazos. Todo lo sacrificaba á su Dios: entendimiento brillante, hermosura celebrada, conveniencias ventajosas, prendas eminentes, tentadoras y halagüeñas esperanzas; nada la detiene, nada es capaz de hacerla dudar ni por un solo momento. Escógela Dios para reformar una familia religiosa. Santo Dios, ¡qué dificultades no tiene que superar! ¡qué contradicciones, qué estorbos no se la ponen delante! Emprende una doncella jóven reformar una religion, célebre por su antigüedad, llena de virgenes y de señoras distinguidas, y en quienes la menor de todas se consideraba con tanta capacidad, con tanta virtud y con tantos talentos como Teresa. Todó esto lo ve, lo conoce; palpa, toca con sus manos todas estas terribles dificultades; el intento solo se la representa quimérico á ella misma. Pero no importa: ¿Dios lo quiere, Dios lo manda? pues nada la intimida, nada acobarda á aquel gran corazon, mas generoso que el de todos los héroes. Crece el valor al paso de las dificultades. Está espuesta toda su vida á las mas terribles pruebas, tiénela por ilusa, hácese sospechosa su oracion á sus mismos directores, calificanla de embustera; pues nunca está mas contenta Teresa que en medio de sus humillaciones. Léjos de abatirse su magnánimo espíritu, se fortifica, se vigoriza mas con ellas. Imagina, si puedes, alma mas generosa; pero coteja aquel gran corazon, aquella magnanimidad con tu cobardía. Una palabra, una aprehension, un ligero temor nos abate, nos desalienta, nos detiene, nos hace parar. El valor es efecto del amor; pues midamos el que tenemos á Dios por nuestra vergonzosa timidez.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que todas las maravillas que obró Teresa las debió singularmente á la gran confianza que tuvo en

Dios. Ninguno sintió nunca mas bajamente de sí que nuestra Santa. Desconfiando enteramente de sí misma, jamás colocó su confianza en otra cosa que en el brazo omnipotente del Todopoderoso. De esa manera se salió con cuanto quiso por su inalterable confianza. ¡Qué vanas fueron las oposiciones á su portentosa empresa! Los grandes, el pueblo, las ciudades enteras, sobre todo su misma comunidad, inútilmente se empeñan en desaprobando, en contradecir, en desbaratar sus intentos. Obedece ciegamente á la voluntad de sus prelados. Prohíbenla pasar adelante; obedece y se queda muy sosegada en su obediencia; pero allá dentro de su alma con un fondo de confianza, que la saca victoriosa de todas las dificultades. Mudan de opinion estos grandes, y son los primeros que alaban, que apoyan sus empresas. Los pueblos, las ciudades, las comunidades parecen las primeras que se dan mas prisa á fomentar la reforma; ningunos la solicitan, la sostienen, la adelantan mas que los mismos superiores. Reforma Teresa, en la flor de su juventud, la ilustré, la antigua religion de los Carmelitas; quieren los hombres tener tambien parte en aquel insigne beneficio, abrazan su instituto y reconocenla por madre. Hace un prodigioso número de fundaciones, y todo con una salud muy quebrantada. ¡Buen Dios, qué eficaz, qué poderoso es el que busca vuestra pura gloria; el que solo cuenta con vuestros auxilios; el que solo quiere lo que vos quereis, como lo quereis, y cuando vos lo quereis! Reforma Sta. Teresa toda su religion en muy breve tiempo; ¿cuándo bajaremos nosotros en reformar nuestras costumbres y nuestra desordenada conducta? No podemos dudar que Dios lo quiere así; tengamos una verdadera voluntad de reformarnos; amemos á Dios sin reserva, animémonos confiados en la gracia del Señor, y seguramente saldremos con nuestro intento.

Dignaos, Señor, concederme este ánimo, esta confianza y este amor, que solo con esto serán eficaces mis resoluciones. Pidooslo por la intercesion de esta gran Santa, á quien nada sabeis negar.

JACULATORIAS. — Proseguid, Señor, en ampararme y asistirme, particularmente en esta resolución. (*Psalm. 26.*)

Si Dios es mi protector, ¿qué cosa me podrá acobardar? (*Psalm. 26.*)

PROPOSITOS.

1. Es grande sinrazon atribuir la cobardía á la propia flax.

queza. Amemos á Dios con fervor y con ternura, y podremos verdaderamente mucho. Crece el ánimo al paso que el amor. No hay, pues, que disculpar con nuestra flaqueza nuestra pusilanimidad; desvanecen, confunden esta disculpa los santos y las santas que la Iglesia nos propone cada día por modelos. No hay edad, no hay sexo, no hay achaques, no hay dificultades que nos puedan servir de excusa legítima y verdadera. Toda nuestra flaqueza (confesémoslo sinceramente) consiste en nuestra mala voluntad; y esta voluntad ineficaz, cobarde y pusilánime es efecto de nuestro poco amor de Dios. Amemos generosamente á Dios, y tendremos valor, confianza y feliz suceso en todo. No te contentes con invocar puramente á los santos que la Iglesia nos propone cada día, no solo por protectores, sino también por ejemplares; considéralos como tales, y dite á tí mismo: Esto hicieron ellos para ser santos; ¿seré yo haciendo lo que hago?

2. No manda Dios á todos que reformen religiones ni comunidades; pero á todos manda que las edifiquen y que las den buen ejemplo. A todos y á cada uno manda que se reforme á sí mismo, sus costumbres, su profesion y su vida. Pocos padres y madres de familia habrá que no tengan mucho que reformar en su casa, en sus criados, en sus hijos, en su tren, en sus personas; esta reforma te pide Dios; pues dedícate á este zelo. Ninguno hay que no pueda reformar su comunidad reformándose á sí mismo; el buen ejemplo es una muda reforma. Refórmese cada uno á sí, y muy en breve quedará reformada toda la familia, toda la comunidad y toda la religion.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

DOSCIENTOS Y SETENTA MÁRTIRES, los cuales fueron martirizados juntos en Africa.

LOS SANTOS MARTINIANO Y SATERIANO CON OTROS DOS HERMANOS suyos, allí mismo; los cuales en la persecucion de los vándalos en tiempo de Genserico rey arriano, siendo esclavos de un cierto vándalo, fueron convertidos á la fe católica por STA. MÁXIMA, virgen, la cual también era esclava, y estando firmes en la fe, primeramente fueron apaleados con palos nudosos, y descarnados hasta los huesos; mas como padeciesen muchos dias este tormento, y al día siguiente los encontrasen milagrosamente sanos, al fin los desterraron. En el desierto habiendo convertido muchos bárbaros á la fe de Cristo, consiguieron